

# INTRODUCCIÓN. DERROTA DEL PENSAMIENTO, DECADENCIA DE LA IZQUIERDA

Lunes, 16 de noviembre de 2015: tres días después de la masacre de la sala de espectáculos Bataclan de París, François Hollande, presidente de la República Francesa, convoca una sesión del Parlamento en Versalles. Francia está perpleja, aplastada por el peso del símbolo que representan los jóvenes asesinados a sangre fría mientras tomaban copas en una terraza o esperaban para ver un concierto. «Podrían haber sido mis hijos» es la frase que los padres se repiten sin parar, horrorizados. Tienen miedo. Todo el mundo tiene miedo. Ante tal barbarie, el poder no puede quedarse impasible. Hay que encontrar una respuesta política a la altura del drama. Tomar una decisión que muestre determinación y tranquilice a los franceses. Golpear fuerte. Por eso nos reunimos en Versalles.

No falta ningún senador ni ningún diputado. Aquí, los acabados de oro brillan menos que en el Palais

Bourbon, sede de la Asamblea Nacional, y el rojo encarnado del terciopelo se ha vuelto púrpura. Ocupamos las filas por orden alfabético y así descubrimos a colegas cuyos nombres ni conocíamos. Esperamos al presidente en un silencio que, dadas las circunstancias, se acerca al recogimiento. Su tardanza añade tensión al ambiente. Al pie de la tribuna desde donde se dirigirá a los «representantes de la nación», su primer ministro, Manuel Valls, permanece inmóvil. Sabe que las cámaras lo vigilan.

La puesta en escena «republicana» es perfecta. François Hollande, la viva imagen de la solemnidad y el rigor, se dirigirá al país en el papel de padre de la nación. En momentos como este, uno no puede permitirse titubear, sobre todo cuando se busca el efecto sorpresa. Y Hollande no duda cuando anuncia la constitucionalización del estado de emergencia y la privación de nacionalidad para los binacionales autores de actos terroristas. Este estado de emergencia durará dos años y será sustituido por la ley antiterrorista proclamada durante la presidencia de Emmanuel Macron el 31 de octubre de 2017, perpetuando varias medidas propias del estado de excepción.

Sin apenas tiempo para pensar en lo que acaban de anunciarles —tampoco han tenido tiempo para hacerlo—, los diputados y senadores se levantan y ovacio-

nan a Hollande, que acaba de reciclar en directo una antigua obsesión de la extrema derecha en nombre de la «guerra contra el terrorismo». Después entonan *La marseillesa* al unísono.

De vuelta a París o a sus respectivas regiones, ya superada la emoción del momento, numerosos diputados y algunos senadores se dan cuenta de la gravedad de la poción que les han administrado. Es amarga para todos nosotros, hombres y mujeres de izquierdas. Ya estamos bastante desorientados por el gobierno de esta legislatura, en que se comenzó luchando contra el poder financiero para luego someternos a la patronal Medef.

En 2014 todo el mundo lloraba a Rémi Fraisse, el joven militante ecologista asesinado en Sivens por la granada de un antidisturbios. Manuel Valls, en la cumbre de la cadena de mando, había pedido a las fuerzas del orden que mantuvieran a los manifestantes a raya. Una muerte para nada. Una muerte todavía impune.

Estos dos «momentos» políticos —que marcan el fracaso del pensamiento y la decadencia de la izquierda— son la razón principal de la repulsa que tiene usted entre sus manos. A partir de la figura de Manuel Valls, que encarna este descenso a los infiernos, necesitábamos expresar nuestra indignación y dar un sentido a esta ola de cólera. Un sentimiento que venía de lo más

profundo y clamaba contra los usurpadores de nuestras esperanzas y los ladrones de nuestros sueños.

Ya en 1960, Sartre creía que la izquierda era un «gran cadáver boca arriba» y que «apesta». <sup>1</sup> En aquellos años, los franceses estábamos en plena guerra de Argelia. El entonces representante de esta izquierda en descomposición era Guy Mollet, que en 1955 había votado el estado de emergencia y en 1956 la ley de poderes especiales que otorgaba facultades excepcionales al gobierno —por ejemplo, se dobló la presencia militar en Argelia—. Sesenta años después, tenemos la impresión de estar viendo la misma película. Francia está otra vez en guerra: en 2015, los atentados de enero contra *Charlie Hebdo* y el supermercado *kosher* en la puerta de Vincennes, y la masacre del 13 de noviembre en París; en 2016, la masacre del 22 de marzo en Bruselas; presencia militar en Irak, Siria, Mali, el Sahel, África Central... Guerras invisibles en el exterior, estado de guerra en el interior con barrios tomados por miles de soldados con el fusil al hombro.

1. «¿Hay que creer que los hijos se sienten atraídos por la Izquierda, ese gran cadáver boca arriba, donde los gusanos ya se han establecido? Esa carroña apesta; los poderes de los militares, la dictadura y el fascismo nacen o nacerán de su descomposición; para no apartarse de ella, hay que tener el corazón bien enganchado». Sartre, J. P. Prólogo a la reedición de *Aden Arabia* de Paul Nizan. Ediciones Paradigma. Barcelona, 1991. Traducción de Enrique Sordo.

Nuestro nuevo Guy Mollet se llama Manuel Valls. Pero, al contrario de lo que hacía Mollet —la actitud política muy de izquierdas y radical combinada con una práctica gubernamental moderada y centrista que acepta la renuncia ideológica y política para llegar a acuerdos con la derecha—, no esconde su acción con el discurso de la izquierda tradicional. Todo lo contrario. Valls es un bonapartista, un alborotador colérico que reivindica su postura marcial. Cae en el recurso de «hablar claro» y hace de la transgresión de los «tabús» un eje de su política contra la izquierda. ¿Ascenso del Frente Nacional en las elecciones departamentales y regionales? ¿Agravamiento de la crisis social por el aumento del paro y de la precariedad? ¿Hundimiento de Europa? ¿Crisis de los refugiados? Valls siempre responde con certezas. No cederá. No negociará. No transigirá.

## Malos tiempos

En 2014, publicamos *Contre Zemmour. Réponse au suicide français*<sup>2</sup> para denunciar a un polemista reaccionario. En 2016, comprobamos con horror que el discurso de quien creíamos que estaba de nuestro lado tenía un parecido razonable con el de Éric Zemmour,

2. Farbiaz, P. y Mamère, N. *Contre Zemmour. Réponse au suicide français*. Les Petits Matins, París, 2014.

el escritor, ensayista y periodista político francés polémico por sus declaraciones, consideradas a menudo racistas o difamatorias. La privación de nacionalidad y la obsesiva persecución del enemigo interior nos abrieron los ojos sobre la continuidad del discurso neoconservador. Ya sea vestido de tradición reaccionaria o del lado de la unión sagrada y de la República, a este gran cadáver caído de espaldas le va a costar lo suyo superar tantos apuros.

Nos indigna que una nación insumisa, con la que se identificaban los pueblos del mundo entero, se haya convertido desde hace pocos años en un lugar donde los desterrados y los exiliados, los parias de la tierra, ya no son bienvenidos. Fueron malos tiempos los de la primavera del 2016. Se perseguía a los refugiados de Calais a París. Se cometían delitos islamófobos y racistas en Córcega y en otros lugares. Nuestro primer ministro de entonces criticaba a Alemania por haber abierto las fronteras. El derecho a ser de donde nacemos se cuestionaba con la privación de nacionalidad. Eran malos tiempos para Francia.

El país ya no es tierra de acogida. Los refugiados ya no se sienten recibidos como personas libres sino como lastres. Francia siempre había sido sinónimo de hospitalidad garantizada, de retaguardia de la resistencia a las dictaduras, de espacio de libertad: desde los republi-

canos españoles hasta los exiliados chilenos, desde los judíos alemanes hasta los supervivientes del genocidio armenio, desde los intelectuales griegos hasta los disidentes rusos, polacos, iraníes o chinos; todos son una prueba de esta característica. Defender esto ya es razón suficiente para resistir contra el pensamiento nauseabundo que está pudriendo el aire de nuestros días.

Como en los años treinta, con la llegada de los nazis, los lobos han entrado en París. «La crisis consiste precisamente en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este terreno se verifican los fenómenos morbosos más diversos», escribía Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*. En ocasiones, la segunda parte de la cita se ha traducido así: «El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos». El filósofo italiano resume a la perfección la situación actual: surgen nuevos monstruos en este periodo de mutación un poco gris en que los viejos puntos de referencia se han perdido en la niebla del fin del siglo pasado. La izquierda ha olvidado la lección de Gramsci, para quien la guerra de las ideas es la continuación de la política por otros medios.

En gran parte, la ruina de la izquierda se explica por su actual esterilidad intelectual. En la medida en que los universitarios han dejado su sitio a las personalidades y a los comunicadores, el *software* ideológico de izquier-

das no va a ninguna parte. La extrema derecha ha recuperado este rol y ha realizado esta tarea «gramsciana». Durante treinta años, ha producido ideas y ha llevado a cabo un combate intelectual contra sus adversarios; hoy, recoge lo que ha sembrado. Sus ideas encuentran eco en la sociedad y el presente le pertenece. Y lo que es peor: contamina a una parte de la izquierda. Porque la izquierda neoconservadora ya es una realidad.

### **Volver a ganar la batalla de las ideas**

Con este libro queremos intentar proporcionar un patrón de interpretación a quienes, desde la izquierda y la ecología, desean aceptar el reto ideológico y cultural. Para renacer y renovarse, la izquierda debe reconquistar el terreno de las ideas y proponer un nuevo relato, otra visión. De otro modo, quedará como una ola que va a morir en la playa de la historia.

La condición *sine qua non* para llevar a cabo dicha reconquista es dejar de retomar las tesis del bando contrario. Somos duros con el jefe de filas de esta izquierda neoconservadora porque observamos los estragos de su retórica en los valores y los principios de la izquierda. Contaminada por las ideas de nuestros adversarios más resueltos, la izquierda neoconservadora es un arma de destrucción masiva de las aspiraciones



emancipadoras. Debe combatirse como lo que es: un caballo de Troya.

Sin embargo, todavía hay esperanza. Lo demuestra el movimiento contra la ley laboral tan deseada por Manuel Valls, Emmanuel Macron y François Hollande: cuando la situación se vuelve insoportable, ya no se soporta más. Los jóvenes y los trabajadores se levantaron contra la precariedad que se les imponía. Toda la derecha y toda la patronal estaban detrás de Manuel Valls, contra la mayoría que había escogido a François Hollande en mayo de 2012. ¿Paradójico? No. Es el resultado de un fracaso anunciado de esta izquierda endeble que permitió que el entonces primer ministro y los suyos tomaran el Estado para hacer imperar en él un nuevo orden liberal y autoritario.

Entre las pocas afirmaciones sensatas del ex primer ministro, sin duda había una incontestable: hay dos izquierdas irreconciliables. Hoy la izquierda está en una encrucijada. O se despierta de esta pesadilla neoconservadora y, impulsada por la ecología, vuelve a ganar la batalla de las ideas y se reorganiza siendo fiel a sus electores, a su pasado y a sus ideales, o bien se alía con quienes desean enterrar incluso la idea misma de izquierda y que han escogido sustituir el eje social, ecologista y humanista por un eje liberal y de seguridad.

El fracaso de las ideas de izquierda no supone una fatalidad. Bajar los brazos equivaldría a abandonar el puesto de combate en el momento en que no se sabe cuál será el desenlace del enfrentamiento. Solo se pierden los combates en los que no se lucha. No existe cambio sin ruptura.